



## Jornada del Migrante y del Refugiado

La Palabra de Dios nos ilumina hoy sobre el uso de las riquezas y nos advierte que es necio *“el que atesora para sí mismo y no es rico ante Dios.”* (Lc 12, 21).

En un momento de paz y esplendor del Reino de Israel, el profeta Amós viene del desierto de Samaría llamado por Dios y denuncia la vida de los adinerados, seguros en sus lujos, comodidades y placeres, y en su materialismo despreocupado de la situación del país: *“No se conmueven para nada por la ruina de la casa de José”*. Es una forma de vida que responde al programa “comamos y bebamos, que mañana moriremos” y lleva consigo la negación de la fe, la hipocresía religiosa, el olvido de la justicia y la indiferencia ante la situación de sufrimiento del pobre. Para esta actitud de vida no ve el profeta remedio: *“Irán al destierro, a la cabeza de los deportados, y se acabará la orgía de los disolutos”*.

La parábola de Lucas resalta el contraste entre la opulencia del rico y la miseria del pobre. El mísero que yace en el portal de la casa donde el rico celebra sus banquetes ve el derroche de aquella casa y sufre la indiferencia de los comensales ante su hambre y sus llagas, sólo sentidas por los perros que las lamían.

El rico no recibe un nombre y es calificado únicamente por lo que tiene; ha acumulado ávidamente bienes para su propio disfrute, como si su vida dependiera de sus bienes (cf. Lc 12,15). Es uno de aquellos necios a los que Jesús advierte: *“¡Ay de vosotros, ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo!”* (Lc 6, 24); cuando os reclamen el alma, ¿de quién será lo que habéis preparado? (cf. Lc 12, 20). Cegados sus ojos por la idolatría del dinero, no se entera de la presencia de un pobre a la puerta de su casa, cubierto de llagas, y esperando *“saciarse de lo que caía de la mesa del rico”*.

El comportamiento de este rico tiene unos calificativos que definen su vida: **codicia**, acumulación desmesurada de riquezas, que lleva a la **injusticia** y priva a Lázaro y a otros pobres de lo mínimo necesario para su subsistencia. Poniendo su confianza en las riquezas hace muy difícil su entrada en el reino de Dios (cf. Mc 10,23); destruye su vocación al amor a Dios y al prójimo, y *“se pierde o se arruina a sí mismo”* (cf. Lc 9,25).

El pobre sí que tiene un nombre, Lázaro, que significa “Dios ayuda”. Y este nombre define su persona y su situación de vida. Carece de cualquier otro bien, y sólo puede poner en Dios su confianza. Se encuentra entre aquellos pobres a los que Jesús anuncia: *“Dichosos los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados”* (Lc 6, 21).



La parábola muestra la correspondencia entre la separación que el rico estableció con el pobre en esta vida y el abismo infranqueable que Dios puso entre ambos después de la muerte: entre el consuelo en el seno de Abraham y los tormentos del infierno. Por ello, carece de sentido la petición del rico a Abrahán. Además, quienes no escuchan a Moisés y a los profetas, ¿cómo van a hacer caso de un pobre hombre, aunque se presente resucitado?

Lo decisivo es la fe para comprender y vivir el programa de vida expresado en estas palabras de Jesús: *“Dichosos los pobres. ¡Ay de vosotros, los ricos!”* (Lc 6, 20.24). La fe se fundamenta en la Palabra de Dios y, cuando es auténtica, actúa por medio del amor (cfr. Gal 5,6). Y hemos de recordar que *“si alguien que tiene bienes en este mundo ve a su hermano en necesidad y no se apiada de él, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?”* (1 Jn 3, 17).

El mísero ignorado a la puerta del rico pertenece al mundo de marginados sólo mirados, escuchados y acogidos por Jesucristo y sus discípulos. La actitud del rico, es la antítesis de la actuación de Jesús y sus discípulos, invitando a *“dar de comer al hambriento”* (Mt 25, 35).

La enseñanza de la parábola es aplicable a las situaciones actuales, en las que muchedumbres de “Lazaros” llaman a nuestras puertas con ganas de saciarse de lo que cae de nuestras mesas de ricos y hartos.

Así nos lo recuerda hoy la **Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado**, con el lema propuesto por el Papa: **No se trata solo de migrantes**. En las sociedades más avanzadas se va afianzando la tendencia hacia la “globalización de la indiferencia” respecto de las personas excluidas del bienestar físico, social y cultural. Y esta actitud social es una señal de alarma sobre la decadencia moral que nos envuelve. Frente a ella, el encuentro con los migrantes y refugiados tiene que ser vivido como una ocasión de encuentro con Jesucristo y una llamada a recuperar algunos aspectos esenciales de nuestra vida cristiana y de nuestra humanidad, que corren el riesgo de adormecerse. Por ello, no se trata solo de migrantes, sino también de cada uno de nosotros mismos; porque cuidando de ellos, todos crecemos; y escuchándolos damos también voz a una parte de nosotros mismos que quizá mantenemos escondida, porque en el ambiente actual no está bien vista.

No se trata solo de migrantes, sino también de nuestros miedos a los otros, desconocidos, forasteros y marginados. Se trata de nuestra humanidad, cercanía y compasión, para reconocer y aliviar y sanar el sufrimiento de los otros. Se trata de no excluir a nadie. Y se trata sobre todo de la caridad, a través de la cual testimoniamos nuestra fe y, siguiendo las huellas y la enseñanza de Jesús: *“el que quiera ser primero, sea esclavo de todos”* (Mt 10,44), pongamos a los últimos en primer lugar.

En relación con las migraciones está en juego la misión de la Iglesia, que debe acoger, proteger, promover e integrar a los migrantes y refugiados en la totalidad de



Carlos López Hernández

aspectos de su condición personal, para que todos puedan recibir el don de la vida en plenitud, según la voluntad del Padre, testimoniada por su enviado Jesús: *“Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante”* (Jn 10,10). Se trata, por tanto, de construir en el mundo la ciudad de Dios y del hombre, de acuerdo con el Evangelio.

Para hacer realidad este proyecto evangélico necesitamos asumir el ideal de vida cristiana que nos ha propuesto a todos la exhortación del apóstol Pablo a su discípulo Timoteo. Como *“hombre de Dios”* que ha profesado la fe en Cristo *“delante de muchos testigos”*, ha de perseverar en la elección realizada. Y está llamado a buscar *“la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre”*; a combatir el buen combate de la fe y guardar *“el mandamiento sin mancha ni reproche hasta la manifestación de nuestro Señor Jesucristo”*, para *“conquistar la vida eterna”*.

*“Conquistar la vida eterna”* no quiere decir apoderarse de Dios y dominar a Dios, *“que habita en una luz inaccesible, a quien ningún hombre ha visto ni puede ver”*. Dios solo puede ser adorado, nunca conquistado por el hombre. Decidirse por Dios y dar testimonio de él significa, por el contrario, que hemos sido conquistados por él, *“comprados a buen precio”* (1 Cor 6, 20) y transformados por la renovación de la mente *“para discernir cuál la voluntad de Dios”* y presentar nuestra vida *“como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios”* (Rom 12, 1-2).

29 de septiembre de 2019.